

## Contra viento y marea: las *Etimologías médicas* de Antonio Barbará Riudor (1925)\*

Come rain or come shine... Antonio Barbará Riudor's  
*Etimologías médicas* (1925)

Bertha M. Gutiérrez Rodilla  
IEMYRhd, Universidad de Salamanca  
[bertha@usal.es](mailto:bertha@usal.es)

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-7997-9095>

**RESUMEN:** En este trabajo se estudia un repertorio pionero: el primer diccionario médico español dedicado exclusivamente a la etimología, elaborado por Antonio Barbará Riudor y aparecido en 1925. Se analizan sus características más relevantes, las fuentes utilizadas, los tipos de voces que incluye, además de encuadrarlo en el contexto en que surge y de ponderar su interés e importancia en la historia de la lexicografía española y de un modo particular en la de la lexicografía médica.

*Palabras clave:* etimología, diccionarios etimológicos, metalexicografía, lenguaje médico, origen de los términos médicos, Antonio Barbará Riudor, siglo XX.

**ABSTRACT:** In this paper we study an innovating catalogue: the first Spanish medical dictionary exclusively focused on etymology, by Antonio Barbará Riudor, published in 1925. We analyse its most outstanding features, its sources and the type of words it includes. We also place it into the context it was created and we praise for its relevance and interest in the history of Spanish lexicography, especially medical lexicography.

*Keywords:* etymology, etymological dictionaries, metalexicography, medical language, origin of medical terms, Antonio Barbará Riudor, 20<sup>th</sup> century.

---

\* La realización de este trabajo se ha financiado con una ayuda de los Programas Propios del Plan Estratégico de Investigación y Transferencia de Conocimiento de la Universidad de Salamanca, 2015-2018.

## 1. INTRODUCCIÓN

Reconozcámoslo desde el principio: la etimología es algo que les gusta a los médicos. Entre las pinceladas históricas que suelen proporcionar al inicio de una clase entreveran las etimologías de los términos fundamentales que van a emplear. No puede sorprendernos por ello que uno de los autores de los primeros diccionarios etimológicos del español general fuera precisamente un médico: Pedro Felipe Monlau (1856). Entre estos profesionales se considera que el conocimiento del origen de los términos técnicos en que se sustenta su disciplina es un buen mecanismo para la comprensión de los mismos. Así lo prueba la existencia de diversas obras aparecidas en los últimos cincuenta años, algunas de ellas con varias ediciones, como las de Enrique Barajas Niño (1984), José M.<sup>a</sup> Quintana Cabanas (1987, 1989 y 1990), M.<sup>a</sup> Eduarda Pineda Ramírez (1996), Luis Campos (1997) o el espléndido diccionario en línea de Francisco Cortés Gabaudan (2007-), por nombrar solamente algunos ejemplos y limitarnos a los publicados en español. Y es que se trata de obras cuya finalidad, marcadamente pedagógica, es orientar al estudiante y a sus profesores —lo que no obsta para que pueda acceder a ellas cualquier otro lector que lo desee— sobre el origen del lenguaje de la medicina.

El precursor de este tipo de textos —apareció más de medio siglo antes que los citados— fue el diccionario médico etimológico de Antonio Barbará Riudor, publicado en 1925, del que nos vamos a ocupar aquí. Aunque vamos teniendo noticia de los compendios lexicográficos surgidos en el pasado en las diferentes áreas de la ciencia, si realmente queremos que estos compendios sirvan para ampliar nuestros conocimientos y aplicar estos a trabajos posteriores, no podemos quedarnos en su simple catalogación, sino que debemos obtener de ellos toda la información que podamos mediante un análisis filológico e histórico. Con esa intención nos centraremos en este trabajo en la obra de Barbará: el primer diccionario médico español dedicado a la etimología. Después de dibujar el contexto en que surgió, analizaremos sus características más relevantes, los tipos de voces que incluye y las fuentes utilizadas, para acabar ponderando su importancia en la historia de la lexicografía científica española.

## 2. LA ETIMOLOGÍA EN LOS DICCIONARIOS MÉDICOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX

El lenguaje de la medicina se ha ido forjando durante mucho tiempo —al menos desde el siglo V a. C. hasta la actualidad—, por lo que las palabras que lo conforman tienen diferentes orígenes; lo que hace que el estudio y análisis de tales palabras, además de complicado en ocasiones, resulte también de gran

interés fuera ya del ámbito médico. El griego, el latín e incluso el árabe fueron las lenguas que proveyeron mayor cantidad de términos a ese lenguaje desde la antigüedad hasta el periodo medieval. Y, aunque no es despreciable la cantidad de voces que en tiempos más cercanos a los nuestros procede de las lenguas modernas europeas —alemán, francés, inglés o italiano, entre otras—, la neología especializada en el ámbito biosanitario ha sentido desde el Renacimiento hasta la actualidad una inclinación muy llamativa hacia las lenguas clásicas, específicamente el griego, desde las que se ha acuñado la mayor parte de los neologismos (Gutiérrez Rodilla, 2014).

Estos neologismos experimentaron durante el siglo XIX un crecimiento insólito, pues las ciencias de la salud se renovaron de tal manera que hasta cambió el paradigma existente en el horizonte médico. Lógicamente, ese avance trajo consigo la creación a gran escala de palabras con las que denominar conceptos hasta entonces desconocidos, acuñadas además con diferentes criterios correspondientes a las sucesivas etapas o “mentalidades” por las que la medicina decimonónica fue transcurriendo: anatomoclínica, fisiopatológica y etiológica. La revolución conceptual a que nos referimos, si bien se extendió por diversos lugares de Europa, tuvo como núcleos originarios fundamentales a Alemania y, sobre todo, a Francia, lo que llevó a que el francés —en algunas parcelas junto al alemán— casi se convirtiera en el idioma internacional de la medicina. En estas lenguas se forjaban esos neologismos, muchos de ellos, como hemos dicho, creados por absoluta necesidad para designar los nuevos conceptos; pero muchos otros sin demasiado sentido, dado que no denominaban conceptos nuevos o ya contaban con voces sinónimas para hacerlo. El resultado fue que se produjeran confusiones conceptuales y terminológicas importantes, así como la llegada imparable de extranjerismos, particularmente galicismos, a otras lenguas. Lo anterior fue decisivo en el desarrollo de la lexicografía médica: en forma de repertorios enciclopédicos, auténticos manuales alfabéticos mediante los que se facilitaba al profesional la más actualizada revisión posible de esa medicina decimonónica innovadora; y en forma de diccionarios terminológicos o vocabularios, en los que se intentaba fijar el uso correcto de las incontables voces que iban apareciendo, por medio de una definición lo más precisa posible<sup>1</sup>.

En todas esas obras la información etimológica adquiría un valor especial, tanto para centrar el significado de los términos como para tratar de legitimar de algún modo la utilización de los nuevos. Incluir la etimología en un diccionario especializado quitaba una cierta arbitrariedad al signo lingüístico en el caso de las creaciones que no estaban sujetas a la eponimia, de forma que no se trataba de un adorno más o menos erudito del que presumir, sino de un modo

---

<sup>1</sup> Para las grandes diferencias existentes entre los diccionarios terminológicos y los enciclopédicos, y las razones del desarrollo de unos y otros, *vid.* Gutiérrez Rodilla (1999).

de favorecer la comprensión de las palabras y de facilitar emplearlas con propiedad (Menéndez Pidal, 1953: 118). Era razonable contar con la etimología casi como si formara parte de la propia definición. De hecho se convirtió en muchas ocasiones en auténtico núcleo definitorio como ocurre, por poner solo un ejemplo, en *macrogloso* (“de *macros*, grande, y de *glossa*, lengua. El que tiene una lengua cuyo volumen, ya natural ó ya accidental, es excesivo”) (Ejemplo tomado de Hurtado de Mendoza, 1840). Otras veces, sin embargo, se limitaba a la mera constatación de los formantes constitutivos de la palabra, sin más precisiones, como puede verse, por ejemplo, en *adeno-nerviosa* (“de *adeno* glándula, y *neuron* nervio”, ejemplo tomado de Fabre, 1842-1846, s.v.). En otras, en fin, de forma notable en los repertorios enciclopédicos, junto a la etimología anterior se proporcionaba otra de tipo explicativo, que hunde sus pies más en la historia, como se puede comprobar en *radesyge*, por ejemplo:

*radesyge*. Con este nombre se designó una enfermedad especial de la piel que se presentó en el siglo pasado de un modo endémico en las costas de Escandinavia. Etimológicamente se deriva esta palabra de *syge*, infección, y *rada*, mala (Vougt, Ahlander, Munk). Según otros autores (Holst) procede *rade* de *raa*=piel de pescado, ó *raas*= escama, interpretación tanto más plausible, cuanto que la enfermedad de que se trata afectaba principalmente á los pescadores (ejemplo tomado de Eulenburg, 1885-1891).

Ese último modo de aproximarse a la etimología requiere llevar a cabo una ardua tarea de lectura y estudio de textos que ayude a conferirle transparencia al término y contribuya a esclarecer su devenir a lo largo del tiempo, al mostrar las vicisitudes por las que ha pasado su significado y los problemas conceptuales —más allá de lo meramente terminológico— que encubre la etimología. La intención de procurar una etimología más rica responde a que en la tradición lexicográfica —que arranca de los gramáticos latinos— se pensaba que ofrecer el significado originario etimológico, aun con toda la controversia que pudiera rodearlo, constituía el mejor modo de acceder al conocimiento y comprensión de su significado esencial. Independientemente de que esto pudiera conducir a la pervisión de tal significado y a las explicaciones desacertadas, sobre todo, cuando la etimología se somete a interpretación y se deja a la imaginación<sup>2</sup>.

Sin embargo, la información etimológica, presente prácticamente siempre en los repertorios terminológicos y enciclopédicos de la primera mitad del siglo XIX, fue poco a poco desapareciendo a medida que avanzaba la centuria, de forma más evidente en los elaborados en Francia, varios de los cuales se tradujeron en España. No así en los de procedencia germana donde la mayor importancia de la etimología se justificaba posiblemente por el alejamiento del ale-

<sup>2</sup> Lo que aquí estamos resumiendo puede verse con más detalles y ejemplos en Gutiérrez Rodilla (2016).

mán de las lenguas clásicas en comparación con el francés. No resulta fácil explicar esa progresiva desaparición que se dio en los diccionarios franceses y sus traducciones españolas —salvo excepciones, fieles copias de los originales—, aunque seguramente en ella tuviera algo que ver que la medicina francesa del momento, triunfante y segura de sí misma, fuente de términos que se exportaban a otros lugares, no se veía en la necesidad de legitimarlos o de justificarlos. Esa época gloriosa, sin embargo, salvo en algunas parcelas, empezó a perder fuerza en los últimos años del siglo, lo que ligado a otros factores, como el desarrollo imparable de la prensa científica, determinó que los diccionarios de medicina de los primeros años del siglo XX fueran bastante distintos a los de épocas precedentes: las grandes enciclopedias alfabéticas en varios tomos desaparecieron, carentes ya de sentido frente a las revistas médicas. Renacieron con fuerza, por otro lado, los diccionarios terminológicos, incluso en Francia, donde este tipo de repertorio no había tenido demasiado éxito en la centuria anterior. La toma de conciencia, por parte de los médicos galos, del ascenso —todavía lento, pero imparable— del inglés, que podía poner en peligro a la lengua francesa, igual que antes les había ocurrido a otras lenguas con la hegemonía del francés, pudo tener algo que ver en ello.

En todo caso, en esos diccionarios terminológicos de principios del siglo XX la etimología comenzó a retornar. Así sucedió en la primera edición del famoso diccionario de Marcel Garnier y Valéry Delamare, que vería la luz en París en 1900 y que se publicaría por primera vez en español en 1907 con el título *Diccionario de los términos técnicos usados en medicina*<sup>3</sup>, a los que seguirían sucesivas ediciones en Francia y en España —además de en Portugal y en Italia— hasta la actualidad. En esta obra, destinada sobre todo a los estudiantes, junto a otras diversas informaciones se halla la etimológica, pues según se recoge en su introducción, fue precisamente la preocupación por la etimología uno de los motores que impulsó la confección del diccionario, con el fin de ayudar a aquellos, cuyo escaso conocimiento de las lenguas clásicas, determinaba que no pudieran captar en su totalidad el sentido de los términos médicos. Volvía a ponerse de manifiesto, una vez más, la importancia de la etimología en medicina, hasta el punto de creer que a quienes carecen de una buena formación en lenguas clásicas se les puede escapar el significado preciso de los términos. Lo que chocaba, por cierto, con lo que el encargado de elaborar el prefacio que acompaña al diccionario consignaba en el mismo: que el conoci-

---

<sup>3</sup> La primera edición española fue de la mano de Santos Anibal Domínci Otero, eminente médico venezolano, fundador del Instituto Pasteur de Caracas, en la época de su primer exilio parisino, tras el fracaso de la Revolución Libertadora de 1901-1903. Para otras posteriores se contó con la versión del médico español Joaquín Pi y Arsuaga, hijo del presidente de la primera república española Francisco Pi y Margall.

miento de las lenguas clásicas por parte de los médicos era tan mediocre, que los términos que acuñaban ofendían las reglas de la etimología, por lo que el acercamiento a esta difícilmente serviría de algo<sup>4</sup>. De todos modos, la información etimológica efectivamente se incluyó en el repertorio, aunque no pasara de ser la mera procedencia de las voces, según el significado de sus formantes<sup>5</sup>, a lo que a veces se añade el nombre de la primera persona que lo usó o lo creó y hasta el año en que lo hizo.

Desde Francia arribó igualmente el *Petit dictionnaire de médecine. Expressions techniques. Termes médicaux*, que Eugène Dabout publicó en 1924. Consiguó una primera versión española antes de 1930, y varias ediciones francesas y españolas hasta la actualidad<sup>6</sup>. Su razón de ser tenía que ver con la necesidad de asir y comprender el significado de los términos:

tout lecteur d'un article de Journal ou de Revue médicale se trouve souvent en présence de termes dont il ignore la signification ou désire en préciser le sens exact. [...] tout médecin instruit, spécialiste ou non, homme de science ou praticien, aimera à vérifier l'étymologie d'un de ces mots que créeé journellement notre glossarie médical [...] (Roussy, 1924: V-VI).

Y, una vez más, *verifier l'etymologie* podría ser una vía para conseguirlo.

Pero los diccionarios terminológicos de medicina de la época que nos ocupa no solo llegaron desde Francia, sino que también se compusieron en España. En los años que mediaron entre el surgimiento de los dos repertorios anteriores apareció el célebre *Diccionario terminológico de ciencias médicas* (1916), dirigido por el catedrático de Clínica quirúrgica de la Facultad de Medicina de Madrid, León Cardenal Pujals, con numerosas ediciones a lo largo de la centuria. Y si en él no falta algo de etimología, esta se reduce a la mínima expresión: en algunas voces, ni siquiera en todas, su simple procedencia. En ediciones posteriores se ha ido añadiendo algo, pero no de modo excesivo y buena parte de los términos continúa sin arropamiento etimológico.

Como estamos intentando mostrar, la etimología que se recoge en estos repertorios de comienzos de siglo es tan sucinta que da que pensar. Es cierto que

<sup>4</sup> “Podríamos responder, en verdad, que nuestros estudios clásicos nos permiten subir a la etimología: empero, la mayoría de nosotros hemos mirado con descuido al griego. Los que por el contrario han continuado cultivándolo deben experimentar más de un desengaño al ver con cuánto desenfado trátanse corrientemente en el lenguaje médico las reglas de la etimología. [...] Á pesar de su importancia, rara vez suministra la etimología indicaciones precisas. Sucede con frecuencia que voces de un mismo origen terminan por adquirir distintos significados [...]” (Roger, 1907: XVII).

<sup>5</sup> Cuando tales formantes proceden del griego se consignaban con caracteres griegos, en la primera edición. Después ya se recogieron con caracteres latinos.

<sup>6</sup> La primera edición se publicaría en Valencia, aunque no se tiene la fecha exacta. Sería, sin embargo, la barcelonesa editorial Pubul la que se encargara de la mayoría de las reimpressiones y ediciones desde 1930.

en los prólogos se alude a su *supuesta* importancia, pero es sabido que lo que se dice en ellos no siempre se corresponde con la realidad o con lo que los autores realmente creen. Que se pregone en los prólogos la bondad de la etimología, pero su presencia en las diferentes entradas sea breve —y hasta ausente—, nos hace creer que se incorporaba no tanto por estar convencidos de su utilidad, como por adecuarse a unos moldes, como signo de erudición y de prestigio: se inserta, en efecto, pero concediéndole el menor espacio posible.

### 3. EL DICCIONARIO DE *ETIMOLOGÍAS MÉDICAS* DE ANTONIO BARBARÁ RIUDOR

En este contexto que estamos dibujando es en el que surge el primer diccionario médico etimológico compuesto en español: *Etimologías médicas o Breve diccionario de las etimologías griegas y latinas, minuciosamente detalladas, de los términos técnicos más usados en medicina* [...] (1925) de Antonio Barbará Riudor; autor, además, de alguna otra obra de tipo político y médico-religioso (1922, 1949 y 1951).

Antonio Barbará, según lo cuenta en la introducción del diccionario, concibió la idea de elaborarlo durante el tiempo en que estuvo ejerciendo la medicina —cuatro años— en el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, cuya “espléndida y nutrida Biblioteca de inapreciable valor” le proveyó de los materiales necesarios para “echar los cimientos de este estudio”. Un estudio, en el que relegará a un segundo plano “la descripción o definición de las palabras, por constituir nuestro primordial objeto, la etimología” y en el que prescindirá de incluir numerosas voces “cuya estructura obedece al capricho del que las compuso, como el de ciertas preparaciones, cuyo título es el nombre del autor leído al revés” (Barbará Riudor, 1925: V).

En la introducción de la que hablamos, que precede al diccionario en sí, además de consignar los principios y normas que se ha impuesto y que se compromete a seguir, Barbará Riudor recoge una explicación sobre el origen y mecanismos de formación de los vocablos de la medicina y las diferentes razones de la utilidad de la etimología para solventar dudas relativas a su significado y a sus posibles procedencias. Se refiere a la existencia de híbridos, cuyo origen no se encuentra en una única lengua, como podría ser el caso de *anexopexia*, que procedería del latín y del griego a la vez. Resalta la gran importancia que tiene el acento en los étimos de origen griego, ya que puede hacer variar el significado de sus derivados dependiendo de la sílaba sobre la que asiente, como sucede con *tímos* y *timós*. Utiliza el ejemplo de *pedología*, que puede referirse al estudio de los niños, pero también al estudio de los suelos, para ilustrar la afirmación de que solo la etimología permite diferenciar el significado de algunas palabras. Se hace eco de algo que otros autores anterior-

res y posteriores han afirmado y que hoy, en un momento de globalización, apenas hay quien se atreva a formular: si se respetara la escritura etimológica en español, como sucede en latín o en francés, sería más fácil elucidar el significado de muchos términos. Así sucede con el francés *lithiase*, que permite saber que la *t* de *litiásis* viene de la teta griega y no de la tau. Advierte de que aunque en las palabras que empiezan por *pn* como *pneumonía*, *ps* como *pseudo* o *pt* como *ptialismo* se suprime la *p* inicial, él no lo ha tenido en cuenta, “pues en la literatura médica, no se observan del todo estas modificaciones” y, de este modo, se adaptará a la “verdadera etimología”. De hecho, el mantener la grafía etimológica ayudaría a aclarar palabras como *tilosis*, que significa ‘caída de las pestañas’ pero también ‘callosidad’. Sin embargo, con la *p* etimológica no habría duda: *ptilosis* para el primer significado y *tilosis* para el segundo (Barbará Riudor, 1925: VI-VII).

### 3.1. *Las voces incluidas*

Tras estas consideraciones, comienza el diccionario propiamente, donde, a lo largo de 551 páginas más otras 11 de apéndice, define alrededor de 6000 términos médicos, muchos de ellos con larga tradición en el lenguaje de la medicina —*abdomen*, *ablación*, *aborto*, *absceso*, *adherencia*, *adolescencia*, *bilis*, *carminativo*, *catarro*, *cirugía*...— serían algunos de entre los pertenecientes a este grupo; pero muchos otros de creación más cercana. Esto último ocurriría, por poner solo algunos ejemplos, con *frenología*, *cisticerco*, *exosmosis*, *arterioesclerosis*, *fosfeno*, *lecitina*, *acondroplasia*, *acromegalia* o *gerontología*, de los que en *Dicciomed* (Cortés Gabaudan, 2007-) se dice que son neologismos del siglo XIX creados en francés a partir del griego en 1810, 1812, 1828, 1833, 1838, 1850, 1876, 1885 y 1903, respectivamente; *ciclosis*, *alexia*, *apraxia*, *artrodesis*, *cariocinesis*, *cromosoma*, *bioblasto*, *anticuerpo* o *alergia*, que en la misma fuente se dan como neologismos formados en alemán, a partir del griego —el octavo, híbrido grecolatino—, en 1831, 1865, 1871, 1878, 1882, 1888, 1890, 1891 y 1906; *electrodo*, *antracosis*, *biogénesis* o *adrenalina*, acuñados en inglés, a partir del griego, en 1834, 1838, 1870 y 1901 o *laringoscopia*, *coco*, *abasia*, *anisocoria* o *colibacilosis*, documentados por vez primera en inglés en 1860, 1883, 1890, 1902 y 1914; los de otras procedencias, quizás menos esperables, como *aproxexia*, concebido en holandés, a partir del griego, en 1887; los híbridos, no ya entre lenguas clásicas, sino entre una clásica y una moderna, como *masoterapia*, híbrido grecofrancés inventado en inglés en 1890; y los neologismos de creación reciente cuando el médico catalán compone su obra, como *anaplasia*, atestiguado por vez primera en español en 1922. Como vemos, el análisis de esta obra nos sirve inmejorablemente para afianzar o ma-

tizar las ideas previas que tenemos sobre la historia del lenguaje médico: la gran presencia del francés hasta mediados del siglo XIX, la importancia que adquiere el alemán en la segunda mitad del mismo y el arranque del inglés en sus años finales.

Como nos sirve también para observar la vida de los términos, su devenir tras esa época palpitante que fue para la medicina y su lenguaje la centuria decimonónica. De entre las voces que allega este repertorio, buena parte continúa en uso, mientras que otras —como *anastalsis*, *anlaje*<sup>7</sup>, *citohemia*, *ensisternón*, *epiporoma*, *iamalogía*, *kakke*, *ptarmo* o *yaws*, por ejemplo— han ido desapareciendo, al menos en el lenguaje médico español, de forma que sería difícil encontrar un médico nacido en España en los últimos 50 años que pudiera dar cuenta de a qué se refieren. Otras, han cambiado su significado: si hoy llamamos *presbicia* a la imperfección de la vista propia de las personas de cierta edad, que impide ver con claridad los objetos cercanos mientras que se mantiene la visión lejana, para Barbará era simplemente sinónimo de vejez. Él, sin embargo, llamaba a ese trastorno *presbiopia* y *présbita*. Otras voces han sucumbido ante sinónimos más tardíos, como sería el caso de *vegetarismo*, bien definido y argumentado etimológicamente, que llegaría hasta el español desde el francés, lengua en que se habría acuñado a mediados del siglo XIX. A pesar de ello, actualmente está mucho más extendido *vegetarianismo*, venido desde el inglés mucho después, que es el único que aparece en el *DRAE*. Lo mismo pasaría, por ejemplo, con “la afición al juego”, denominada *cubomanía* en el repertorio de Barbará, que se sustituiría en el último cuarto del siglo XX por la famosa *ludopatía*. Otras, por último, aunque recogidas en la obra del catalán parece que nunca tuvieron ningún eco. Así habría sucedido con *ginecoiatría*, en cuya entrada dice lo siguiente:

Propuso esta palabra, el Dr. D’Alessandro, en sustitucion de Ginecología, al Congreso Internacional de Medicina, que tuvo lugar en Buenos Aires en 1910. Ginecología, según él, quiere decir: hablar de la mujer en su estado fisiológico. Por lo cual cree más razonable la palabra Ginecoiatría que, según dice, significa: ciencia del tratamiento de la mujer enferma. Permítasenos aclarar tal acuerdo [...] si se quiere perfilar o buscar una palabra apropiada, propondríamos Ginecopatología [...].

### 3.2. La información etimológica

Si bien los ejemplos y las explicaciones ofrecidas por Barbará en la parte introductoria del diccionario se referían siempre a voces procedentes de las dos

<sup>7</sup> Españolizado así y consignado por Barbará, aunque en alemán, de donde proviene sea *anlaje*.

grandes lenguas clásicas, latín y griego, en el repertorio no se excluyen las de otros orígenes. Así, es posible encontrar términos que vienen del alemán, árabe, francés, inglés, italiano, portugués..., según vemos en los siguientes ejemplos<sup>8</sup>:

*alastrim* (de la raíz *alastra* [port.], que significa lo que se propaga con rapidez). Enfermedad epidémica en las Antillas, que sólo ataca a los negros, y muy parecida a la varioloide.

*alcohol* (del árabe *al*, que es el artículo el; y de otra palabra árabe *kohol*, sutil, muy sutil; porque se volatiliza). Líquido volátil, inflamable, transparente, de sabor picante, que entra en la composición de los vinos. Su abuso provoca alcoholismo.

*belladona* (del italiano, *bel-la*, hermosa, bella y *donna*, mujer). Planta muy usada en medicina, cuyas hojas mascaban las romanas para colorear las mejillas, por la congestión o dilatación capilar subcutánea que provoca.

*beriberi* (de *beri*, nombre cingalés que significa debilidad; y *beriberi*, gran debilidad, según Littré). También se llama *kakke*. Es una polineuritis subaguda endémica, muy semejante a la neuritis alcohólica. Se halla extendida por el Japón, Malabar, Ceylán, Congo, India, y se debe a la falta de alimentación y mala higiene. Avitaminosis.

*catgut* (del inglés *cat*, gato y *gut*, tripa, intestino) Cuerda o hilo de carnero (no se usan de gato como indica su origen) esterilizado para suturas en cirugía.

*clapoteo* o *clapeo*, o *bazuqueo* (del alemán *klappen*, caer, cerrarse con ruido, chasquear). Ruido que hacen los líquidos en el estómago dilatado, cuando se le imprimen pequeñas sacudidas con los dedos.

*estribo* (de etimología discutida; para unos deriva del alemán *streben*, procurar, esforzarse, apoyarse, no *streban*, como se lee en R. Barcia); otros, especialmente Frisch, lo derivan del flamenco *striepe*, cuero, porque de cuero o correa eran antes los estribos). Huesecillo situado en el oído medio, parecido por su forma a un estribo, cuya base cubre la ventana oval y su cabeza contacta con el yunque.

*morgue*. Palabra francesa que significa el sitio público en donde se exponen los cadáveres encontrados por la justicia.

*pian* (es palabra originaria de América, galibi, y es afección parecida al *yaws*, de los negros de Guinea). Enfermedad, especialmente de la piel, en la cual se forman verrugas o erupciones como frambuesas o tubérculos fungosos.

---

<sup>8</sup> Incidentalmente, algunas de las anotaciones que proporciona definiendo estos términos, como *anlaje* (del alemán *anlaje* (se pronuncia anlague) planta [...]) o *estepage* (del verbo inglés *to step*, (se pronuncia *tu step*), andar, dar un paso, avanzar [...]) nos ofrecen pistas que confirman algo ya conocido: la escasa familiaridad de los médicos españoles de principios del siglo XX con las lenguas alemana e inglesa.

*sodoku*. Nombre de origen japonés, para significar una afección provocada por la mordedura de ratas, que determina fiebre, infartos ganglionares, supuración y eritemas. Garnier dice *sokodu*.

*yoghourt*, yoghurt o yogurt (nombre búlgaro). Leche reducida a la mitad por ebullición, fermentada por los bacilos del ácido láctico.

No obstante, la inclinación hacia el griego es abrumadora, seguido a una buena distancia por el latín, lo que no hace más que reflejar la realidad del vocabulario especializado de la medicina de aquellos momentos, compuesto mayoritariamente por términos formados desde las lenguas clásicas, entre los que no faltan algunos híbridos grecolatinos, como *bigamia*, *corimbiforme*, *egomanía* o *moniletrix*, por ejemplo. Los porcentajes que hemos encontrado, a partir de una cala realizada sobre 1000 términos, son los siguientes: 52,5% del griego; 21% del latín; 0,5% del francés, alemán y árabe; y 0,25% otra procedencia (incluido el inglés). No hay siglas ni otras grafías científicas acortadas, y, además, un 25,75% de los lemas pertenece al grupo de los epónimos, es decir, aquellos términos que se forman a partir de un nombre propio.

Estos porcentajes, como decimos, se adecuan bien a lo que era en aquel periodo el vocabulario médico: el extraordinario crecimiento que había experimentado durante el siglo XIX, particularmente en su segunda mitad, a expensas de la creación neológica con formantes clásicos, sobre todo griegos, justifica sobradamente ese 73,5% de las dos grandes lenguas clásicas. Por otro lado, todavía el árabe, el francés y el alemán estaban por encima del inglés en la procedencia de los términos, en consonancia con la función desempeñada en el lenguaje médico universal tanto por el árabe durante el medievo como el francés y el alemán en los siglos XVIII y XIX, antes de que el inglés se convirtiera a lo largo del siglo XX en la lengua universal de la medicina. Sobre lo anterior hay que precisar que muchos de los términos confeccionados a partir de los formantes clásicos se crearon así en francés, en alemán o en inglés, como hemos visto en los ejemplos del epígrafe anterior. Es decir, son grecolatinos, sí, pero acuñados en las tres grandes lenguas de la medicina de los siglos XIX y XX, a través de las que han llegado al español o a otras lenguas. Por su parte, aunque las siglas y otros acortamientos aún no habían irrumpido con fuerza en el lenguaje médico —irrupción que sucedería asimismo durante el siglo XX—, ya en el diccionario se refleja el ascenso imparable de los epónimos. De entre ellos, en concreto, los ligados a los nombres de los médicos, químicos, practicantes de la farmacia y otros profesionales del ámbito sanitario. Unos epónimos que habían empezado a aparecer con el advenimiento de la ciencia moderna en los siglos XVII y XVIII, se consolidarían como mecanismo neológico durante la centuria decimonónica y en el siglo XX adquirirían rasgos de auténtica “epidemia”. Esto no quiere decir que no recoja Barbará los epónimos que tienen otros

orígenes, como los que proceden de nombres de dioses mitológicos, personajes históricos, literarios o bíblicos (*afrodisia, cuerno de Ammon, cesárea, hermafrodita, mercurialismo, nicotinismo, onanismo, plutomanía, venéreo...*), pero en una proporción ínfima comparados con los anteriores. Lo que no resulta extraño si tenemos en cuenta lo que acabamos de subrayar sobre la extraordinaria velocidad de crecimiento de los epónimos ligados a los nombres de los científicos y su cada vez más notable presencia en el discurso médico<sup>9</sup>. Esas razones y su innegable relación con el origen de los términos, por tanto con la etimología, entendida esta en sentido amplio, llevaron a Barbará a incluirlos de forma profusa en su compendio:

Nos hemos decidido a completar este Diccionario etimológico, con la adición de gran número de enfermedades, signos, síntomas, fenómenos, reflejos, teorías, reacciones, etc., que llevan el nombre del autor que las descubrió, o que mejor descripción hizo de las mismas, porque en cierto modo guarda relación con la etimología, y su conocimiento es un complemento al estudio etimológico de los términos de medicina (Barbará Riudor, 1925: VII).

Respecto a estos epónimos, suele simplemente consignarlos y definirlos:

*Abbot* (método de). Corregir una escoliosis por una hipercorrección, o sea, por una escoliosis en sentido inverso, obtenida por flexión de la columna vertebral.

*Curschmann* (espirales de). Filamentos fibrilares arrollados en espiral, que se hallan en la expectoración de los asmáticos, a veces también en los bronquíticos, en los neumónicos y en los tuberculosos.

*Duchenne* (enfermedad de). Parálisis glosolabio-laríngea. Parálisis bulbar progresiva. Fué el primero que en 1860 describió sus síntomas.

*Laugier* (signo de). Para conocer la fractura de la extremidad del radio en su parte inferior, se hallan en igual nivel las apófisis estiloides del radio y cúbito.

*Zünd-Burquet* (sistema de). Reeducción auditiva por un electrofonoide.

Pero por entonces son ya tan importantes, que hasta están presentes en las definiciones de otros epónimos:

*Abadie* (signo de). Contracción involuntaria espasmódica del músculo elevador del párpado superior, en la enfermedad de Graves.

*Auspitz* (herpes vegetans de). En la superficie roja y segregante que dejan las costras del impétigo herpetiforme de Hebra, se forman a veces, vegetaciones.

---

<sup>9</sup> Como curiosidad diremos que todas las entradas que hay en la letra W, que son 85, son epónimos formados con los nombres de los científicos correspondientes.

*Lehmann* (reacción de). Para la investigación o titulación yodométrica del azúcar en la orina. Hervida la orina con el licor de Fehling y acidulada se trata con yoduro potásico.

*Massa* (fenómeno de). Es un fenómeno post-anestésico en la raquiestovainización por el procedimiento de Jonnesco y que el autor califica de inhibidor del sensorio.

*Morris* (punto de). Es un punto sensible situado en el tercio interno de la línea de Mac Burney, el cual corresponde, según él, a uno de los ganglios de la cadena simpático-lumbar.

E, incluso, empieza a manifestarse la polisemia de los apellidos usados para la formación de los epónimos, como puede comprobarse, por ejemplo, con Erb, Trousseau o Virchow, con siete entradas cada uno; y así mismo la temible sinonimia eponímica, que llegaría a convertirse en uno de los escollos más difíciles a los que se enfrenta en la actualidad el traductor de textos biosanitarios:

*Billroth* (linfoma maligno de). Es la enfermedad de Hodgkin.

*Donné* (globulinas de). Son los hematoblastos de Hayem.

*Kitasato* (bacilo de). Es el de Yersin, el de la peste bubónica.

*Lebert* (anemia de). Es la anemia perniciosa esencial. Es la enfermedad de Biermer.

*Mathieu* (enfermedad de). Es la enfermedad de Weil.

De lo que seguramente el ejemplo más llamativo sea el del bocio exoftálmico y los varios epónimos por los que se lo conoce:

*Basedow* (enfermedad de). Es el bocio exoftálmico. Sus tres características principales son el bocio, la exoftalmia y la taquicardia [...].

*Flajani* (enfermedad de). Nombre con el cual los autores italianos designan habitualmente el bocio exoftálmico.

*Graves* (enfermedad de). Los ingleses designan con este nombre, a la de Basedow.

*Parry* (enfermedad de). Es el bocio exoftálmico.

*Parsons* (enfermedad de). Es el bocio exoftálmico.

Sin Barbará saberlo, nos está aportando con su diccionario innumerables pistas sobre la creación de estos elementos tan caracterizadores del lenguaje médico actual y de los problemas tan graves que le ocasionan a ese lenguaje. Pocas veces se nos presenta, como en este caso, la ocasión de asistir en primera

fila al espectáculo de las luchas entre los epónimos que, en definitiva, no hacen sino dar cuenta del entramado tan interesante que hay detrás, que forma parte de la historia y la sociología de la medicina.

Más allá de los epónimos, la información etimológica que recoge Barbará en su compendio es variable. Unas veces, como en otros diccionarios, la simple procedencia de los formantes que constituyen el término, con más o menos precisiones sobre los mismos<sup>10</sup>:

*abatimiento* (del latín *a* por *ad* cerca de, al lado; y de *batuo*, *ui*, *ere*, golpear, sacudir, batir; según algún autor, del hebreo *shebet*, vara). Adinamia, postración.

*antro* (del gr. *antron*, gruta, cueva, caverna, cavidad profunda). Cavidad, caverna.

*aperitivo* (del lat. *aperitivus* o *apertivus*, lo que abre el apetito; de *aperio*, *ire*, abrir; comp. de *ad*, junto a y *pario*, *peperi*, *partum*, dar a luz, nacer producir). Sustancia o medicamento que abre el apetito.

*biopsia* (del gr. *bios*, vida; y de *opsia*, véase esta palabra). Examen microscópico de un fragmento de órgano de un sér viviente.

*lacti* y *lacto*. Palabras usadas como prefijo, y que derivan del latín *lactis*, genitivo de *lac*, leche. Lo relacionado con la misma.

*masturbación* (del lat. *manus*, *us*, la mano, véase esta palabra; y de *stupratus*, participio pasivo de *stupro*, *are*, corromper, deshorrar, cometer torpezas; de *stuprum*, *i*, deshonestidad, violación, lujuria). Vicio repugnante, por el cual se provoca el orgasmo por excitación manual de los órganos genitales.

*sarcoma* (de *sarco*; y del subfijo *oma*, tumor) Tumor de tejido embrionario, que se forma a expensas del conjuntivo.

En muchas otras incluye algunos datos complementarios:

*arsénico* (del gr. *arsenikón*, lo mismo que *arrenikón*, arsénico, y mejor arsénico amarillo, oropimente; de *ársēn* o *árrēn*, macho, masculino, viril; por esto los montañeses del Tirol se ponen trocitos de arsénico en la boca, para darles fuerza y vigor en sus ascensiones a los Alpes). Sustancia metaloidea sólida, grisacea, cuyas sales son empleadas en medicina. Son tóxicas.

*bigamia* (Palabra híbrida, del latín *bid*, por *duis*, de *duo*, dos; y del griego *gámos*, *on*, casamiento, boda, unión; de *gaméo*, casarse, desposarse). Estar casado con dos mujeres a la vez. Aunque se dice también de la mujer casada con dos hombres a la vez, es más apropiada la palabra biandria, para este caso.

<sup>10</sup> Aunque en el diccionario los formantes de origen griego se recogen con grafía griega, los hemos simplificado y transliterado al alfabeto latino con el fin de facilitar la lectura.

*calvicie* (del lat. *calvities*, *ei*, la calvez; de *calvus*, *a*, *um*, calvo, el que está sin pelo o afeitado. Freud dice que deriva del alemán *kahl*, calvo, pelón. Pero por otra parte, parece derivar del radical *gol*, eminencia, cerro, de la que se formó la palabra Golgotha, que traducida al pie de la letra es *Calvariae mons*, monte de cráneos o de cascos de la cabeza, según Monlau). Cabeza desprovista de pelo o cabello.

*célula* (del lat. *cellula*, *ae*, celda o habitación pequeña; es diminutivo de *cella*, *ae*, despensa, dormitorio retirado; dice Pompeyo Fest, que deriva de *celo*, *are*, ocultar porque en la despensa o celda se ocultan las cosas reservadas). Cavidad pequeña en la esponja de los huesos. Masa protoplasmática o elemento anatómico, origen de la formación de los animales y plantas.

*coqueluche* (según Littré, este nombre viene de la costumbre que tenían los atacados de una enfermedad maligna de garganta, de cubrirse la cabeza con un capuchón, o caperucita, o coqueluchón, esta enfermedad se cree que fue la gripe, durante el reinado de Carlos VI de Francia. En latín *cuculliunculus* es diminutivo de *cucullus*, *i*, cogulla, capilla, capuchón; del griego *kyklos*, círculo, cosa redonda). Tos ferina.

*embotamiento* (Es fácil que derive de *en* y *bote*, como dice R. Barcia, porque el casco del bote es redondeado, convexo por fuera, sin punta o cosa aguda, y por comparación, inteligencia obtusa, sin agudeza, embotada, o sea, atontamiento). Inteligencia pobre y tardía.

*tergo*. Es el ablativo latino de *tergum*, *i*, la espalda, el dorso; de ahí la frase *vis a tergo*, fuerza que impulsa por detrás, por la espalda, muy usada en medicina, especialmente para explicar la circulación venosa.

Incluso precisiones sobre quién acuñó el término o con qué sentido se empezó a utilizar:

*deuteranopia* (del gr. *deúteros*, segundo, otro [...] y de *anopia*, véase esta palabra). Palabra usada por von Kries para significar la ceguera para el color verde. Sin duda porque siendo el verde, el producto del amarillo y azul, al no verse uno de éstos (el otro, el segundo) no se ve el verde.

*diasquisis* (del gr. *diáskisis*, acción de dividir, de desgarrar [...]). Monakow dio esta palabra o nombre a la pérdida de continuidad funcional entre neuronas que forman un mecanismo cerebral, con la producción de síntomas a distancia del punto de la lesión.

*dotienenteritis* (del gr. *dothien*, clavo, forúnculo, pequeño tumor inflamado y doloroso [...]). Infección o inflamación infecciosa del intestino, donde se ven ulceraciones, que por su semejanza con tumorcitos dolorosos e inflamados, Bretonneau y Trousseau, le dieron este nombre). Fiebre tifoidea.

*sífilis* (Palabra ésta, inventada por Fracastor, y de etimología muy discutida [...]). Enfermedad infecciosa de carácter venéreo y, también hereditaria, cuyo agente es el espiroqueta pálido de Schaudinn.

*sinovia* (Aunque fue Paracelso el autor de esta palabra; no sería extraño que fuese el resultado de otras dos, esto es [...] porque la sinovia es muy parecida a la clara del huevo). Líquido viscoso segregado por las membranas sinoviales, y que facilita el juego de las articulaciones.

Pero no son pocas las ocasiones en que expresa sus dudas sobre el origen de un término, su disconformidad sobre cómo se ha formado, la posibilidad de que sea erróneo o discute lo que otros autores consideran que debe significar. Así sucede, por ejemplo, con:

*anaplasia* (del gr. *anáplasis*, acción de rehacer, regeneración, nueva confección: comp. de *aná*, de nuevo, otra vez; y *plásis*, de *plásso*, formar, modelar, confeccionar). Cicatrización, por la nueva formación de tejidos, esto es, tejido cicatricial. Creemos errónea la interpretación de algún autor, que dice significa “Regresión de las células a una forma más primitiva e indiferenciada”; porque nueva formación, no es regresión.

*anaspadias* (del gr. *aná*, hacia arriba; y de *spáo*, tirar, por tirar el chorro de la orina hacia arriba. Este verbo *spáo*, lo mismo da origen a *spásis*, acción de tirar, que a *spádis*, *ikos*, tronco arrancado del árbol, hoja de palma. Por lo tanto ¿no estaría más apropiado, dada su significación, el nombre de anaspasia o epispasia?) Abertura anormal de la uretra en el dorso, hacia arriba del miembro viril. Epispadias.

*antimonio* (de etimología discutida: para unos de *anti*, contra, y *monio*, monje, contra monjes, por envenenamiento de algunos al tomar este metal; para otros del árabe, *athmod*, *ithmid*). Metal blanco azulado, cuyas sales se usan en medicina.

*aquilia*. Hay en algún autor una confusión en la etimología de esta palabra, que conduce a diversas interpretaciones, las cuales conviene aclarar. Para unos esta palabra significa, falta de quilo o fermentos en el jugo gástrico; para otros significa, falta o pérdida de los labios. Para evitar confusiones, sería más adecuado el nombre o la palabra *aqueilia*, para significar la falta de los labios; ¿no decimos *sinqueilia*, para significar la adherencia de los labios? y la palabra *aquilia* exclusivamente para designar la falta de quilo en el estómago. Así pues, la palabra *aqueilia*, tendría su origen en el gr. *á*, privativo, sin; y *kheilos*, el labio, esto es, sin labios. Mientras que la palabra *aquilia*, derivaría del gr. *á*, privativo, sin; y *khylós*, jugo humor, jugo nutritivo y también el quilo; de *khéo*, fluir, manar, segregar, esto es, sin quilo. Como se ve, en la etimología de *aquilia* no hay ninguna *e*.

*cadáver* (del lat. *cado*, *cecidi*, *casum*, caer; de la preposición griega *katá*, de arriba abajo; porque el muerto está caído. Jauffret derivaba esta palabra de las primeras sílabas de la frase “*caro data vermibus*”, que si bien es ingeniosa, no es verosímil). Es el cuerpo privado del alma que le da la vida.

*dengue*. Fiebre epidémica de pronóstico leve, que se caracteriza por quebrantamiento general de los huesos, y postración o adinamia. Creemos que se le

da este nombre por la semejanza con las damerias o afectaciones de una mujer melindrosa, quejumbrosa, como indica la verdadera significación de la palabra.

*locura* (del lat. *loquitor, are*, hablar mucho y sin substancia; de *loquor, locutus sum*, hablar, decir. Hay una gran discrepancia entre los autores sobre la derivación de esta palabra, pues mientras que para unos viene de *locus*, lugar, sitio; porque el que habla, pone cada palabra en su lugar, para otros viene de *lógos, on*, palabra, discurso; otros la derivan de *légo*, decir, hablar; y otros de *lakéo*, dórico por *lekéo*, hacer ruido, crujir, lo mismo que *lárko*). Estado mental anormal o con alteración de las facultades mentales o volitivas, y que en algunos casos los enfermos hablan desmesuradamente, sin raciocinio y sin substancia; de ahí el nombre y origen etimológico de la palabra.

### 3.3. *Las fuentes consultadas*

Para llevar a cabo su trabajo, Antonio Barbará acudió a diferentes fuentes, libros y autores —algunos de los cuales ya han aparecido en las definiciones que hemos ido proporcionando—, relacionados en general con la práctica lexicográfica: desde los más clásicos, como Sexto Pompeyo Festo (s. II d. C) y su *De Significatione Verborum*, Hesiquio de Alejandría y su diccionario de palabras griegas inusuales y oscuras (probablemente siglo V) o Isidoro de Sevilla (s. VI-VII) y sus *Etimologías*, que sin duda le orientaron para buscar explicaciones etimológicas a los términos de mayor antigüedad y tradición, hasta otros autores y obras más cercanos a él: Louis-François Jauffret y su *Dictionnaire étymologique de la langue française à l'usage de la jeunesse* (1799); Wilhelm Freund y su *Gran diccionario de la lengua latina* (1834-1845)<sup>11</sup>; Pedro Felipe Monlau y su *Diccionario etimológico de la lengua castellana* (1856), al que aludíamos al principio de este trabajo; Raimundo de Miguel y el Marqués de Morante y su *Nuevo diccionario latino-español etimológico* (1867); o Roque Bárcia y su *Primer Diccionario general etimológico de la lengua española* (1880-1883), entre otros. Pero, sin ninguna duda, los que mejor le sirvieron de guía —sobre todo para las voces de cuño reciente— fueron los diccionarios médicos más importantes de la última parte del siglo XIX e inicios del XX, a algunos de los cuáles hemos hecho referencia más atrás, como el *Diccionario de los términos técnicos usados en medicina* de Marcel Garnier y Valéry Delamare (1907) o el *Diccionario terminológico de ciencias médicas* de León Cardenal (1916), a

<sup>11</sup> La obra de Wilhelm Freund se publicó originalmente en alemán con el título *Wörterbuch der lateinischen Sprache* (Leipzig, 1834-1845). Resulta más probable, sin embargo, que Barbará consultara la traducción francesa: *Grand Dictionnaire de la langue latine sur un nouveau plan...* (Paris, 1883-1929), a pesar de que el tomo tercero no apareciera hasta 1929.

los que se añadirían, por ejemplo, el *Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria, y Ciencias auxiliares* de Émile Littré, del que hubo una versión española, realizada por los doctores Aguilar Lara y Carreras Sanchis, publicada en 1889; o el *Diccionario de bolsillo de Medicina y Cirugía y Farmacia prácticas* de Antonio Larra y Cerezo, que apareció en 1894 con varios suplementos en los años posteriores y que, entre otras novedades y particularidades, tiene la de ser uno de los poquísimos diccionarios enciclopédicos de medicina compuestos originalmente en español, el único “de bolsillo” publicado en España en el ámbito médico, y uno de los primeros en incluir las enfermedades y algunos medicamentos alfabetizados por su epónimo, lo que debió resultarle muy útil a Barcia para el tratamiento de este tipo de términos en su diccionario. Menciona también en algunas entradas el “Larousse”, sin especificar, y aunque podría ser cualquiera de ellos, tendemos a pensar que sería el *Larousse médical*, cuya traducción al español se publicó en 1912 (Galtier-Boissière, 1912).

Que estos repertorios le pudieran servir como guía no fue obstáculo para que mostrara su discrepancia con ellos cuando lo consideró oportuno. Añadimos a los ejemplos aportados previamente, en los que no se especificaba el nombre de los autores con los que no estaba de acuerdo, algunos otros en que sí constan esos nombres:

*angiosis* (de angio; y del subfijo *osis* estado morbos). Nombre que abarca todas las enfermedades del sistema vascular: Garnier y Delamare confunden en la misma significación las tres palabras, angioma, angionoma y angiosis tan distintas y bien diferenciadas por su significación y su etimología.

*apselafesía*. Son completamente erróneos los nombres de apsefalsia (L. Cardenal) y de apsefalesia (Littré y Larra y Cerezo) que nada significan. La palabra apselafesía, como decimos, significa pérdida o falta del sentido del tacto; pues deriva del griego *a*, privativo, sin; y *pselafesis*, tacto, tocamiento; de *pselafáo*, tocar con la punta de los dedos, palpar; comp. de *psálo*, tocar ligeramente, desflorar, a su vez de *psáo*, rascar; y de *afé*, tacto, contacto, sentido del tacto; de *aptomai*, tocar, pasivo de *apto*, entrelazar. El error de Littré y demás autores está en la etimología griega, porque *pséfátesis*, no existe en griego, pero sí *pseláfesis*, tacto. Por esto escribimos apselafesía, en lugar de apsefalesia. Para mayor claridad, véase pselafesía.

*cretinismo* (del latín *creta*, *ae*, greda, creta, polvo blanco cuya composición es carbonato de cal). Para Littré, Garnier y Delamare, y para R. Barcia, se da el nombre de cretino, al enfermo de tal idiotismo, por el color blanquecino de su cara, parecido al de la creta. Pero respetando la interpretación de tan eruditos autores, creemos muy verosímil el origen del nombre cretino, por la ingestión de sales calcáreas en disolución porque hay que tener en cuenta que el cretinismo se desarrolla en terrenos calizos de los Alpes principalmente: por cuya circunstancia, se cree que las aguas crudas y selenitosas saturadas de carbonato de cal, contribuyen al desarrollo del mismo. Además, hay

que tener en cuenta que los niños cretinos con una cabeza enorme en la infancia, se vuelve después pequeña y cónica, por osificación prematura de los huesos de la cabeza y cara, con detención del crecimiento general. Por estas razones nos inclinamos a creer que la etimología de cretino, es por la ingestión de sales calcáreas o cretáceas, que ocasionando la osificación prematura, impide el desarrollo del cráneo y como consecuencia el del cerebro.

*crup* (Palabra de origen escocés, según Littré; si bien es verdad que la palabra *croup*, inglesa, significa tos ferina; no hallamos la palabra *crowp*, en inglés, como se lee en R. Barcia). Laringitis diftérica.

*ladrería* (del nombre francés *ladre*, que significa leproso, lleno de laceria; porque *ladre* es el nombre vulgar de Lázaro, el cual padecía la lepra. Parece errónea la etimología de Garnier y Delamare, pues *ladrós*, no se usa en griego; en todo caso podría derivar de *laidrós*, imprudente, siniestro; de *laiós*, izquierdo, siniestro). Lepra.

*linimento* (del lat. *linimen*, *inis*, unguento, betún; de *lino*, *livi* o *levi*, *litum*, infinitivo *linere*, no *linire* como dicen Littré, y Garnier y Delamare, untar suavemente; del desusado *leo*, según de Miguel y Morante, por *deleo*, destruir, borrar; porque la acción de untar, se parece a la de borrar. No obstante es verosímil que linimento, por cambio de la *i* en *e*, podría ser el latín *lenimentum*, *i*, lenitivo, calmante del dolor; de *lenimen*, *inis*, alivio, consuelo; de *lenio*, *ire*, suavizar, ablandar; de *lenis*, *e*, suave, blando, dulce; y este del griego *lenos*, *eos-ous*, la lana; por su suavidad al tacto). Forma de preparación farmacéutica que se aplica en unturas y frotaciones o fricciones.

*pene* (del lat. *penis*, *is*, el rabo o cola de los animales, por comparación con el movimiento y erección de la cola y el pene; nos parece verosímil que derive de *pendo*, *pependi*, *pensum*, tener peso, pesar, pagar, estar pendiente, suspenso a pesar de no admitirlo R. Barcia. En griego *péne*, *es*, hilo de tejedor, tela; porque la cola de los animales semeja un manojo de hilos). Es el miembro viril.

De lo que hemos mostrado se desprende que Barbará Riudor no solo fue novedoso en cuanto a la información que proporcionaba, que refleja bien la realidad del lenguaje médico del momento con la inserción de términos muy actuales en su compendio, sino que supo además pertrecharse para hacer su trabajo de los diccionarios más reconocidos antiguos y modernos —indicando su desacuerdo cuando fue el caso— que aportaran testimonios relacionados con la etimología. De ese modo nos brinda en su obra un contenido destacado para la historia de la parcela lexicográfica ocupada por los términos médicos.

#### 4. A MODO DE CIERRE Y CONCLUSIÓN

La preocupación etimológica parece que acompañó a nuestro autor de por vida, pues veinte años después de que se publicara el diccionario, vio la luz un

artículo suyo sobre “Etimologías incorrectas en la nomenclatura médica” (Barbará Riudor, 1944) en la recién estrenada revista *Medicina Clínica*, donde muestra su descontento por cómo se están formando los tecnicismos médicos, dejando en muchas ocasiones de lado el criterio filológico y etimológico:

Muchos años hace que el profesor ACHARD<sup>12</sup> propuso la unificación del lenguaje médico, pues cada día se complica más con la incesante creación de términos nuevos y que no siempre están correctamente formados. La formación de las palabras nuevas en medicina tendría que sujetarse a ciertas reglas de filología. [...] hoy día son en tan gran número las palabras cuya formación se debe al capricho, sin base científica ni filológica que la justifique, que originan una verdadera anarquía y un libertinaje nada escrupuloso (Barbará Riudor, 1944: 439).

Aboga en él por atenerse en la composición técnica a unas reglas y un método, y por recurrir, ante todo, a la “riquísima” lengua griega, a la vez que expresa esa idea clásica de que la palabra lleva hasta el conocimiento de lo que designa:

Los términos que constituyen una ciencia, u orden de conocimientos, sujetos a una clasificación no pueden ser arbitrarios, dice DECHAMBRE<sup>13</sup>, y es necesario someterlos a las reglas de un método que tienda a la composición, calidad, propiedades, usos y causas de los mismos. [...] Ahora bien, uno de los motivos por el cual están mal formados e incorrectos muchos términos médicos es la ignorancia y negligencia en el estudio del griego; por esto muchos de ellos no corresponden ni a la significación ni a la filosofía de los mismos. [...] La palabra conduce al conocimiento de cada cosa. La terminología médica, cuanto más unificada resulta más simple, más fácil de entenderse entre los médicos; tiene una base uniforme, expresa la naturaleza, la reunión de síntomas, el carácter de la enfermedad o de un síntoma o síndrome. La lengua que mejor expresa la significación de cada palabra es la riquísima lengua griega. [...] Lo que constituye un abuso es el inmenso fárrago de palabras confeccionadas sin base alguna filológica, insulsas, cuya retención en la memoria es muy difícil aunque tuviéramos la de Séneca. Esto verdaderamente es imperdonable (Barbará Riudor, 1944: 439).

Constata el caos del lenguaje médico del siglo XX, plagado de sinónimos, epónimos, híbridos mal formados y términos tan absurdos que lo que hacen es desprestigiar a la medicina:

---

<sup>12</sup> Probablemente se refiere al médico y lexicógrafo francés Claude-François Achard (1751-1809).

<sup>13</sup> Sin duda ninguna hace referencia a Amédée Dechambre (1812-1866), director de uno de los diccionarios de medicina franceses más importantes: el *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales* (Déchambre y Lereboullet, 1864-1889).

Medicamento hay cuyo nombre se forma con las primeras sílabas de los dos o tres preparadores del mismo; otro con las sílabas del farmacéutico barajadas a capricho, v. gr., papeles acigar por *García*; otro, y así muchos, con las letras del apellido o afección leídas al revés, v. g. *noicatirri* por *irritación*. Esto, en verdad, redundaría en desprestigio de la ciencia; es un abuso, por no decir una burla, ya que en lugar de apoyarse en una base seria, filológica, etimológica y científica que conduzca al conocimiento del fármaco, enfermedad, síntoma o síndrome, etc., parece mejor tener que descifrar una charada o jeroglífico (Barbará Riudor, 1944: 439-440).

Y proclama la necesidad de crear una comisión que se dedique a regular el lenguaje médico:

[...] lo mejor sería que se nombrara una Comisión de la lengua médica, que estudiara las palabras antes de darles publicidad. Lo que ocurre es que muchas palabras incorrectas no es posible reformarlas, porque el uso y la costumbre las han sancionado, y el arreglo motivaría una confusión enorme. [...] ¿Qué más lógico que antes de dar a la publicidad un nombre que abarque todos los ramos de la Medicina, se consulte, como hemos dicho, con una comisión integrada por médicos, farmacéuticos y buenos filólogos, que estudien la palabra propuesta que se ha de dar al nuevo producto o entidad morbosa? Nos ahorraríamos ver escrito antifebrífugo, que en lugar de indicar que quita la fiebre es todo lo contrario de lo que se quiere significar. Dígase febrífugo, antifebril (Barbará Riudor, 1944: 439-440).

Para, después de analizar una serie de vocablos mal formados desde el punto de vista etimológico, como *hemorragia* o *lipemia*, por ejemplo, y de seguir discrepando de sus “viejos” conocidos, como Littré o Garnier y Delamare, a propósito de voces como *leucopenia* o *heterofalmia*, concluir con la importancia que el estudio del griego y del latín tienen en la correcta formación terminológica y todos los beneficios que se derivan de esta última:

En resumen, deducimos, cuán utilísimo es en la práctica terminológica el estudio de los clásicos, griego y latín (que, afortunadamente, se enseñan hoy en el bachillerato), con lo cual se evitarían, no sólo la facilidad de incurrir en errores etimológicos, de los que nadie puede creerse indemne, ya que, por atento y cuidadoso que uno sea, *aliquando bonus dormitat Homerus*; sino que sería más científica, con firme base etimológica y filológica la Nomenclatura Médica (Barbará Riudor, 1944: 443).

La comisión, desde luego, no se creó. El estudio del latín y del griego en el bachillerato se fue poco a poco abandonando. Y el caos del lenguaje de la medicina ha alcanzado en el siglo XXI cotas que Barbará y todos los que se preocuparon por el futuro de dicho lenguaje en los siglos XIX y XX no podrían ni imaginar. De todos modos, ahí está su obra, citada por muy pocos, desconocida por la mayoría, ignorada por razones dobles: por un lado, por su condición

de diccionario etimológico, especie al parecer proscrita entre los estudiosos, pues como otros repertorios similares elaborados en los siglos XVIII, XIX y principios del XX, no ha merecido excesiva atención entre ellos<sup>14</sup>. Por otro lado, por ser diccionario de un ámbito especializado científico, que estos diccionarios sí, lamentablemente, son los grandes proscritos de cualquier historia general de la metalexigrafía, donde no merecen ni el menor comentario<sup>15</sup>. A pesar de ello, se trata del primer diccionario etimológico del español de la medicina, con todas sus sombras, pero también con todas sus luces, digno antecesor de los grandes repertorios de este tipo que irían apareciendo en la segunda mitad del siglo XX, como el *Dizionario Etimologico Storico dei Termini Medici*, del médico, humanista y apasionado del lenguaje y de la historia Enrico Marcovecchio (1993); o las varias ediciones de una obra del mismo estilo, *The Origin of Medical Terms*, realizada por el profesor de anatomía de la *University Western Ontario*, Henry Alan Skinner (1949); a las que cabría añadir los excelentes diccionarios etimológicos médicos para el español, ya del siglo XXI, de Santiago Segura Munguía (2004) y Francisco Cortés Gabaudan (2007-) y una obra sin parangón, como es la monumental historia del lenguaje anatómico del doctor Juan José Barcia Goyanes (1978-1993).

Antonio Barbará no podía saltar por encima de su propia sombra y no se le puede pedir otro diccionario que el que hizo, para su época, para los medios de que disponía y para las concepciones filológicas del momento. Sin embargo, su entusiasmo, su exhaustividad, su sentido común, su espíritu crítico y combativo, así como lo pertinente y novedoso de su empeño creemos le hacen merecedor de un lugar importante en la historia de la lexicografía española y, de un modo particular, en la de la lexicografía médica.

## BIBLIOGRAFÍA

- Barajas Niño, Enrique (1984): *Curso de etimologías griegas: especializado en terminología biológica y médica*, Bogotá, Litografía Arco.
- Barbará Riudor, Antonio (1922): *Justicia catalana. Vindicacio*, Barcelona, Lluís Tasso.
- Barbará Riudor, Antonio (1925): *Etimologías médicas o Breve diccionario de las etimologías griegas y latinas, minuciosamente detalladas, de los términos técnicos más usados en medicina; completado con el nombre de los principales autores, que lo dieron a enfermedades, signos, reacciones, síntomas, etc.*, Barcelona, Tipografía Católica Casals.
- Barbará Riudor, Antonio (1944): "Etimologías incorrectas en la nomenclatura médica", *Medicina Clínica*, II (5), pp. 439-443.

<sup>14</sup> Vid. lo que apunta al respecto Puche Lorenzo (2002: 183).

<sup>15</sup> No queremos citar ninguna en concreto. Basta con que el lector busque cualquiera de ellas y calibre el espacio —si alguno— que se le concede en tales obras a los diccionarios de cualquier rama de la ciencia.

- Barbará Riudor, Antonio (1949): *Antilogías y la ciencia médica en la Pasión de Jesús: estudio médico, crítico y apologético*, Gerona, Librería San José.
- Barbará Riudor, Antonio (1951): *La medicina y la Pasión de Jesús: Estudio médico, fisiopsicológico, crítico y apologético*, 2.<sup>a</sup> ed. corregida y aumentada, Barcelona, Villamala.
- Bárcia Ferraces de la Cueva, Roque (1880-1883): *Primer diccionario general etimológico de la lengua castellana*, 5 vols., Barcelona, F. Seix.
- Barcia Goyanes, Juan José (1978-1993): *Onomatología Anatómica Nova. Historia del lenguaje anatómico*, 10 vols., Valencia, Universidad de Valencia.
- Campos, Luis (1997): *Diccionario médico etimológico Esteve de anatomía humana*, Barcelona, Prous Science, DL.
- Cardenal, León (dir.) (1916): *Diccionario terminológico de ciencias médicas: medicina, cirugía, odontología, farmacia, veterinaria y demás ciencias biológicas*, Barcelona, Salvat.
- Cortés Gabaudan, Francisco (coord.) (2007-): *Diccionmed.eusal.es. Diccionario médico-biológico, histórico y etimológico*, Salamanca, Universidad de Salamanca, <<http://diccionmed.eusal.es>>.
- Dabout, Eugène (192?): *Diccionario de medicina. Expresiones técnicas, términos médicos y su etimología*, Valencia, Saber.
- Dabout, Eugène (1924): *Petit dictionnaire de médecine. Expressions techniques. Termes médicaux*, Gustavo Roussy (prefacio), Paris, J. B. Baillière.
- Dabout, Eugène (1930): *Diccionario de medicina. Expresiones técnicas, términos médicos y su etimología*, Gustavo Roussy (prefacio), Mariano Montaner de la Poza y Manuel Montaner Toutain (trads.), Barcelona, Pubul.
- Déchambre, Amédée y Léon Lereboullet (dirs.) (1864-1889): *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, 100 vols., Paris, Masson.
- Eulenburg, Albert (dir.) (1885-1891): *Diccionario enciclopédico de Medicina y Cirugía prácticas [...]*, traducido y arreglado por Isidoro de Miguel y Viguri, precedido de un Prólogo de Carlos María Cortezo, 13 vols., Madrid, Agustín Jubera/Sáenz de Jubera, Hermanos.
- Fabre, François-Antoine-Hippolyte (dir.) (1842-1846): *Diccionario de los diccionarios de Medicina publicados en Europa o Tratado completo de medicina y cirugía prácticas [...]*, traducida y aumentada bajo la dirección de Manuel Jimenez, 10 ts. en 9 vols., Madrid, Imprenta Médica/Imprenta de Sanchiz.
- Freund, Wilhelm (1883-1929): *Grand Dictionnaire de la langue latine sur un nouveau plan... Traduit en français, revu sur les textes et considérablement augmenté... par N. Theil [...]*, 3 vols., Paris, Firmin-Didot.
- Galtier-Boissière, Émile-Marie (1912): *Diccionario ilustrado de medicina usual*, Leonardo de La Peña (trad.), Paris, Larousse Éditeur.
- Garnier, Marcel y Valéry Delamare (1900): *Dictionnaire des termes techniques de médecine*, Paris, Maloine.
- Garnier, Marcel y Valéry Delamare (1907): *Diccionario de los términos técnicos usados en medicina. Contiene la etimología griega y latina, los nombres de las enfermedades [...]*, prefacio de G.-H. Roger, adaptado al castellano por Santos A. Domínicí, Madrid, Bailly-Baillière e Hijos.
- Gutiérrez Rodilla, Bertha M. (1999): *La constitución de la lexicografía médica moderna en España*, La Coruña, Toxo Soutos.
- Gutiérrez Rodilla, Bertha M. (2014): “El estudio y comprensión del léxico de la medicina a la luz de su devenir histórico”, *Cahiers de Lexicologie*, 104 (1), pp. 177-193.
- Gutiérrez Rodilla, Bertha M. (2016): “La información etimológica en los diccionarios médicos del siglo XIX”, en Mariano Quirós García, José Ramón Carriazo Ruiz, Emma Falque Rey y Marta Sánchez Orense (eds.), *Etimología e historia en el léxico del español. Estudios ofrecidos a José Antonio Pascual (Magister bonus et sapiens)*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, pp. 145-159.

- Hurtado de Mendoza, Manuel (1840): *Vocabulario médico-quirúrgico, o Diccionario de Medicina y Cirugía, que comprende la etimología y definición de todos los terminos usados en estas dos ciencias por los autores antiguos y modernos*, Madrid, Boix.
- Jauffret, Louis-François (1799): *Dictionnaire étymologique de la langue française à l'usage de la jeunesse*, Paris, A. J. Dugour et Durand.
- Larra y Cerezo, Antonio (1894): *Diccionario de bolsillo de Medicina y Cirugía y Farmacia prácticas* [...], Madrid, Imprenta de la Viuda de los Ríos.
- Litré, Émile (1889): *Diccionario de Medicina y Cirugía, Farmacia, Veterinaria, y Ciencias auxiliares* [...], traducido... por J. Aguilar Lara y M. Carreras Sanchis, prólogo de Amalio Gimeno, 2 vols., Valencia, Librería de Pascual Aguilar.
- Marcovecchio, Enrico (1993): *Dizionario Etimologico Storico dei Termini Medici*, Firenze, Festina Lente.
- Menéndez Pidal, Ramón (1953): "El diccionario ideal", en *Estudios de lingüística*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 93-147.
- Miguel, Raimundo de y el Marqués de Morante [Joaquín Gómez de la Cortina] (1867): *Nuevo diccionario latino-español etimológico*, Leipzig, [Imp. de F. A Brockhaus].
- Monlau y Roca, Pedro Felipe (1856): *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Rivadeneyra.
- Pineda Ramírez, María Eduarda (1996): *Etimologías técnicas médicas: texto básico de autoenseñanza*, México D.F., McGraw-Hill-Interamericana.
- Puche Lorenzo, Miguel Ángel (2002): "Los diccionarios etimológicos en el siglo XIX: de Roque Barcia a Eduardo de Echegaray", en Mar Campos Souto y José Ignacio Pérez Pascual (eds.), *De historia de la lexicografía*, La Coruña, Toxo Soutos, pp. 181-191.
- Quintana Cabanas, José María (1987): *Raíces griegas del léxico castellano, científico y médico*, Madrid, Dykinson.
- Quintana Cabanas, José María (1989): *La terminología médica a partir de sus raíces griegas*, Madrid, Dykinson.
- Quintana Cabanas, José María (1990): *Clave etimológica del vocabulario de la medicina*, Madrid, Dykinson.
- Roger, G.-H. (1907): "Prefacio", en Marcel Garnier y Valéry Delamare, *Diccionario de los términos técnicos usados en medicina. Contiene la etimología griega y latina, los nombres de las enfermedades* [...], G.-H. Roger (prefacio), Santos A. Domínic (trad.), Madrid, Bailly-Baillière e Hijos, pp. XIII-XX.
- Roussy, Gustave (1924): "Préface", en Eugène Dabout, *Petit dictionnaire de médecine. Expressions techniques. Termes médicaux*, Gustavo Roussy (prefacio), Paris, J. B. Bailliere, pp. V-VI.
- Segura Munguía, Santiago (2004): *Diccionario etimológico de medicina*, Bilbao, Universidad de Deusto.
- Skinner, Henry Alan (1949): *The Origin of Medical Terms*, Baltimore, The Williams & Wilkins Company.

Fecha de recepción: 18 de abril de 2016

Fecha de aceptación: 25 de mayo de 2016